

El libro de las inundaciones

Ariadna Vásquez



El libro de las inundaciones

Ariadna Vásquez



Colección



El libro de las inundaciones
Ariadna Vásquez

Primera edición en México,
2012

Colección Limón Partido.
Proyecto Literal.
Edición: Jocelyn Pantoja.
Literatura y alternativas
en servicios editoriales, S. C.
Tulipán 122 Ciudad Jardín.
Coyoacán, 04370.
México D. F.
proyecto.literal@gmail.com

Diseño de Arte de la Colección y diagramación:
Hernán García Crespo.

CAJA
TIPOGRÁFICA

ISBN: 978-607-9088-18-7

Todos los derechos reservados.
Impreso en México.

Este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2011

El libro del caos y la escritura

*yo mismo en carne y hueso
yo mismo de nieve mezclada con sangre
maduré bajo la máscara en mi
alma tan frágil entre las garras del
tiempo donde sonrió mi angustia.*

Frankétienne

*Todo para hacer la próxima tormenta y soplar
con mi boca el agujero que hace la lluvia sobre la tierra.*

Ariadna Vásquez

¿Cómo es el gesto del niño frente al mar? ¿Qué poesía escriben los ahogados? Acaso escriben El libro del desierto. El libro del incendio. El libro de la herida. El libro de la lengua. El libro del silencio. El libro de la culpa. El libro del sacrificio. El libro de la espera. El libro de la madre. El libro del retorno. El libro de la casa. El libro de los techos. El libro del espejo. El libro del miedo. El libro de la fuga. El libro de la despedida. El libro de la piedra. El libro del deseo. El libro de la muerte. El libro de la repetición.

En la escritura de Ariadna, la poesía se escribe sola delirante en el espejo. La poesía es la Reina de Copas inundada desde su propio cuerpo, reconociéndose. La poesía es el agua llevándose todo para volver a inundarse. Ritual que se perfecciona y se afina en cada intento, hay un imaginario limitado desde donde es posible escribirlo todo una y otra vez, como una maldición arrasadora.

Desierto y marea. Madre y lenguaje. Espejo y espera. La soledad, que hace germinar la idea. La música que baila en el desastre, la

canción de una sirena loca sin mar, arrancándose la cola o el cabello. Los insectos que siempre anuncian algo. Mujer adulta que regresa a la casa familiar después de una gran pérdida en contra de su voluntad. La hecatombe del agua, la inundación de la escritura o la palabra. Y después ella misma, antorcha en la mano, sobreviviente del ahogo.

Hay en los libros de Ariadna un montón de piezas, palabras-piezas que se desordenan constantemente como si fuera un juego que descubre o madura o revela algo nuevo cada vez que se reinventa. Escritura en espiral o la estética del caos. Ariadna escribe en círculos porque la isla obliga y la genealogía también. Nunca El libro del amor. Al final, el amor no importa si tiembla el poema. El tiempo ha sido abolido. El poema del caos nunca se repite a sí mismo.

Nicole Cecilia Delgado

enero 2012

Escrito frente al mar, desde otra isla.

Si me desvío es porque desviarse aquí es lo natural, lo que hace el agua. En otras palabras, lo que está por venir puede no llegar a ser una historia sino una corriente de agua embarrada “en un momento equivocado del año”.

Joseph Brodsky



Vas ligera hacia las inundaciones.

Los ríos rodean tu casa, desbordan tu cuerpo con el ánimo de un vals. La hora del ahogo ha llegado. Tomas los versos, las palabras húmedas, la música que burla los naufragios.

Todos los incendios se van dispersando hacia los rincones; es tuya la chimenea y su vientre de llama olvidada. Tuyo el túnel donde alojarás los pájaros y las piedras. ¿Qué esperas encontrar cuando tu cuerpo sea el único litoral sobre la tierra?

Una danza despierta entre los muros inundados. Ya podemos bailar. Ya podemos tomar los olores de la lluvia y empezar. No precisamos maletas o brújulas, la cartografía será sólo para designar el camino de las algas. El baile es corriente abajo, hondo, hacia la fuga de los ahogados.

Una canción es una casa y alrededor: rumores de ventanas y manantiales.

Un amor es una casa, y adentro: los bosques con sus búhos, persiguiendo cerrojos entre las ramas, combatiendo la muerte con su canto oscuro. Todo porque el amor permanezca.

Un rostro tibio es una casa, su viaje triste a través de los espejos y adentro, su corazón marcado entre los ojos. También el cuerpo mudo transpirando frente al mar, también aquello es la casa.

Temer al amor es temer a la casa. Cada hombre no vive hasta que hace con sus manos la casa. Cada mujer espera a alguien para destruir su muro.

Yo te espero a ti, abrazándome las manos, con las plegarias aplastadas en las rodillas. Te espero, niño, espero yo y espera un lugar para la casa.

Parece que viene un adiós por aquí. Parece que todos terminan despidiéndose en este lugar.

Aquí se levanta la mirada, una última vez, como novia temerosa que vigila la partida del amante desde el andén.

Yo tengo las manos limpias y las ofrezco a un hombre que pronto olvidaré. Él toma mis manos y las huele con el gesto escondido de las hierbas que alguna vez se fugaron tras el viento.

Escucho voces desde el vientre, como pájaros dormidos desacomodándose. Ese hombre parte lejos de nosotros y presiento que este adiós es importante. Mis pájaros moribundos salpican con su sangre última mi estómago, dicen que no le deje ir. No le dejes ir, dicen, y siento la lluvia arremeterme el pecho y los ojos.

Al llegar a casa, madre me mira como se mira a un muerto o a un aparecido. Murmura algo entre los dientes con el deseo secreto de no calcinarme. Pero sabe que ardo. Sabe que me lastima no poder abrazar, que ahora voy desarmada, con todo el otoño en el cuerpo, descalza.

Madre se sienta a la mesa, de frente. Me acerca una taza de té sin mirarme. Desde mi silla puedo ver su cara coagulada, su pose de animal sin hambre, sus manos germinadas de raíces como aceras y sé que pronto será ella. Vigilaré como ella los tiempos perdidos de los otros, pero no diré nada que se asemeje a un reproche. Tampoco miraré a los ojos de los otros, y serviré el té así, demasiado cansada, con todos los pájaros disecados en la sangre.

4

Me asomo al cuerpo hurgando la herida.

Alguna cicatriz siempre queda macerada en un rincón. El espejo no es capaz de enseñarla pero en el pecho la grieta va abriéndose cada mañana.

Sé que voy sola por todos los caminos, por la calle, como mancha guardada, diminuta.

Ni siquiera los perros me persiguen.

5

Hay una manera de ser en la piedra que yo envidio terriblemente. No hay en ella un deseo evidente de ser lanzada, como la rama del árbol no pide ser habitada por nidos.

Anoche he dejado el equipaje.
Parto fuera. No llevo nada en las manos. Ni el camino, ni la lengua. Tampoco la noche.

Herida abierta en los labios. Voy hacia ninguna parte. En mi cabello el bosque es nuevo. Busco el tren que lleva al regreso.

Así ha quedado la casa: el cuerpo atestado de huecos. Las mangas descosidas después de la batalla. Los escombros como sábana arropándome los huesos.

Enfilada hacia esta muerte transitoria, subo al tren. Delante, los ojos inválidos. Detrás, la espalda se arrastra en una lluvia de arena. Sonámbula, levísima del polvo, asisto al dolor con la garganta seca. Entre los dientes, el resto del amor se desvanece, húmedo aún por las palabras que quedaron encerradas. Aquello que no fue dicho seguirá ardiendo hasta agrietar el papel y las uñas. Aquello que no fue escrito, agonizando en el espejo. Qué importa. Sé que cargo el aliento amargo y lo anuncio: ahora soy esa mujer. Mujer que ha perdido el amor.

Desnudez.

Desnudez dura, la fiebre, el frío.

Una dificultad hacia la casa. Ahora es difícil hacer la casa, los rincones, el ruido inmediato de habitarla.

Equívoco inundar el hogar con el deseo fragmentado en las venas. Habrá que recoger piedras. Habrá que tomar las piedras y levantar algunos muros. Pero viene tarde la calle, los parques, las escaleras con su ritmo de sótano sembrando los deseos. Pequeña poca esperanza. Tarde a mi boca. Todo se ha detenido.

Algunas migajas arden aún en mis manos. Voy hacia el regreso con las palabras viejas.

Al bajar del tren, he llegado a otras tierras. Este viaje supone un regreso, pero nunca he venido antes a estos rumbos. Otros, muchos otros son también los alejados. Estaremos aquí por algún tiempo, esperando.

Uno cree firmemente que el exilio se rinde.

7

Uno empieza a caminar entre las piedras con todo el deseo de tomarlas, pero no tenemos las manos preparadas para levantar piedras.

La piedra tiene ese gesto de la navegación.

Se sabe, tomamos la piedra de la arena y un llanto antiguo moja nuestras manos.

Uno sabe ser el puente de la piedra. Lanzada hacia algún río, ella llegará al mar y posiblemente a la arena de nuevo.

El amor es una fosa vacía. No se puede levantar el hogar en esa tumba, con el cuerpo como templo, desterrado de sí. Con ese viaje entre burbujas de sangre que sacude las venas. Cómo pesa el cuerpo al amar, inhóspito, salvaje, que ni siquiera la muerte ronda su piel.

Presiento: el cuerpo débil, quebrado, amante, no puede morir de muerte, muere de amor solamente.

Reconozco la calma como llovizna acomodándose en mi cuerpo.

Ahora empezaré a escribir El Libro del Sosiego, y como toda escritura última, estarás allí: soplo sobre las palabras, ritmo de fiebre en cada gesto.

La página blanca es la casa ahora y mis plegarias, ingenuas, piden por los días después de hoy y de mañana.

Un verso canta, escucho que canta: qué hermoso el reflejo turbio sobre los platos envejecidos por desayunos y cenas.

Ya sé por qué, aquella vez, llegó la Catarina a casa.

En un pueblo sin mar todo se apaga en las noches. Incluso la luna. Yo subo al techo de zinc de la vieja casa a mirar aquella desaparición de astros que sólo sucede en estos pueblos rechazados por el mar.

La luna escapa, se transparenta y uno cree que puede ver oleajes a través de ella. Las estrellas son barcos lejanos, gente que viaja embriagada por los caminos del mar. El universo nos ignora en este pueblo sin playas.

Esta noche nada pasa en el aire a no ser mosquitos, enormes mosquitos que ni siquiera traen música, o silbidos, mosquitos mudos, con una torpeza perfecta para morir tragados por mi boca. Ahogados en saliva. Con esa necedad de algunos peces de ir siempre hacia el mar.

Al bajar a la casa, mi padre ya está borracho. Todo el pueblo, todos sus hombres están borrachos. El tiempo se detiene por las noches y no se puede estar sobrio. Estar borracho no te salva, pero ayuda a que llegue la mañana. Muchos años después yo también lo supe.

Padre dice: ni siquiera llueve. No se puede ser feliz. A veces, y no por mucho tiempo.

Padre habla sin mirarme, como si hablara solo. Pero sabe que he bajado a la casa. Sabe que lo escucho.

La catarina había llegado al hogar. Dicen: con su llegada, la casa se engrandece de suerte. Las ventanas se abren como brazos. Van con el fervor de las manos al encuentro con el viento. Los hombres huelen a rocío en hierba. Sus mujeres comparten el vientre con la fiebre. Emergen los frutos de la tierra y la música se escucha sobre los desiertos.

Con la catarina llega la palabra y su equipaje. Los espejos se desnudan y en sus reflejos, los rostros regresan con mirada de pájaros. Todas las monedas se lanzan solas a las fuentes. Los caminantes llegan a sus lumbres y beben, dichosos, sus vinos.

La catarina trae un sendero nuevo para los cuerpos. La magia, como el amor, permanece trepando árboles y techos, visitando venas, desatando el único temblor en estas tierras. Con la catarina arriba la fe al hogar. Carga un solo equipaje en la espalda que es, además, su posibilidad de fuga.

Nadie recuerda, a su llegada, que la catarina parte de nuevo y deja una suerte de invierno en la arena. La sensación de que el mejor tiempo acaba de irse.

Para saber de mí, debo buscar los dientes que fui dejando en las calles, el camino de mi lengua en aquella ciudad, las historias que fui amontonando en los rincones.

Tendré que vigilar la plaza sola de gente, la plaza llena de pasadizos donde miraba al miedo entrecerrando los ojos, donde era una amante que poco a poco perdía. Tendré que vigilar las paredes de mi vieja casa, ver de nuevo los retratos, los diplomas de mis padres, la foto de aquellos quince años, con tanto deseo en los ojos, goteando como rayo hacia las piernas.

Sé que no era feliz, sé que no fui feliz por demasiado tiempo, horas tal vez, días seguramente. Sé que siempre estuvo el miedo en mi garganta, el frío en las manos y una mueca, una extraña mueca posada en las palabras.

Creo que tuve un caballo o no lo tuve, pero creo que siento que tuve un caballo o no lo tuve; sí recuerdo el galope imprescindible. Recuerdo bordear un río y una cerca de alambres como muros lastimados. Recuerdo un deseo de hierba entre las piernas y algún beso, no sé si invento el beso, no sé si sean de mí aquellos recuerdos.

Esta noche el tren parte hacia un lugar al que no iré jamás.

Hay allí una mujer que perdió el amor. Su pecho duele como sentencia de muerte. En su bolsa guarda una carta que no entregó, un deseo incorregible que no será vivido.

Hoy escribo por esa mujer que inicia el final de un viaje, el principio de otro. Le digo, con esta voz de fantasma: algo se gana al perder. Ella responde, tocando mi rostro como si reconociera que es más bien mía la tristeza: tal vez la pérdida se erige como monumento y llena todos los vacíos; tal vez, mujer, la ausencia se impone como enredadera cercando la casa, habitándola tanto que su presencia es afuera: roble, catedral, fuego que hace crujir el hierro, raíz rompiendo la banquetta. Adentro: libros sobre las mesas, manuscritos y dibujos. Lámpara que parpadea. Ventana abierta y trastes en la cocina. Ese vacío tan pesado es lo que se gana al perder el amor. Perder el amor es perder el camino y todos los vinos y la poesía.

Digo: yo voy a morirme en el ahogo. Digo que voy a morirme del ahogo, inundada. Y recuerdo, digo, como si lo hubiera olvidado, golpeándome la cara con las dedos, recuerdo: yo tengo el camino de la isla en la lengua, yo tengo los ojos de la isla en la mirada, y digo: del ahogo vienen mis manos y las piernas, y las primeras palabras y todas las bicicletas, los árboles aquellos de la iglesia, los niños agarrando sus manos con miedo y el zunzún de la calavera detrás.

Yo, que tengo el ahogo como el gesto del niño frente al mar, pregunto: ¿a qué mar no llegaría por reconocer allí mi cuerpo ahogado?

Sé que puedo desvanecerme. No llegar ya a la casa ni al río. Recogerme las ojerías como piedras. Iniciar la construcción del dique. Alejarme así de la tormenta. Sé que puedo salvarme, caer como llovizna sobre la tierra reseca, sembrar árboles y esperar paciente la sequía, la alta montaña donde el dolor no llega siquiera con el viento, siquiera con la arena. ¿Pero... y las palabras?, ¿con qué palabras levantaré allí la morada?

Sé que puedo contarme los dedos, señalarme el rostro y escuchar en mi reclamo algún ahogo viejo: algas atravesadas en mi pecho. Humedad postergándome los ojos. Muertes que se ciñen de las venas con su último canto de cigarra. Sé que sobreviví un ahogo... pero ¿quién ha quedado en mí tras el naufragio? No sé decir sobreviviente, no sé decir rescatada, destituida de la inundación primera. Temo que estas palabras inicien el camino hacia el desierto. Pero también, el desierto sabe hacer con sus manos la tormenta. Uno cree levísima la garganta de la arena y allí está la inundación más ciega.

Aquí, creo yo, hay un lamento. No sé si puedo tomar las cartas e iniciar otra vez un viaje. No sé si mi cuerpo invente un albergue nuevo para el amor, una puerta desconocida, una lámpara al menos. No sé qué puedo esperar de la espera, con este olor agrio de desagüe en la memoria.

Que se quede algo para mí.
Algún pájaro muerto para estas manos.
Que por fin salgan mis muebles enterrados en la arena,
que por fin empiece un hombre a hacer mi casa.

A esta espera no han llegado las palabras. No hay aquello que la denuncie. Ni el humo, ni algún río o pájaro marino. Esta espera es de los cuerpos. Se acomoda en el vientre. Salada por la lluvia, recoge rocas e insectos para marcar la tierra. Su lugar se ahonda en la montaña, espera, sus dedos toman de las ramas las canciones y espera, nadie nunca la señala ni su boca ni los dientes quebrados sobre la hierba y ella espera. Un canto de cigarra entre las piernas, una muerte que viene y se aleja, un aviso de nunca en el ombligo, colmado el pecho y la nuca, espera. Esta espera es una casi prostituta en las esquinas, casi mosca abandonada, húmeda. Testaruda hacia el ahogo y los incendios. Esta espera dice que espere, que no diga, que no cante, dice: lodo mariposa alcantarilla, fuego las agujas y las cartas... y las hojas... o un cuaderno que la trace con su pelo diminuto viejo, con sus llagas como mapas del naufragio de los cuerpos...

Esos pequeños pasadizos de los parques que no he caminado.
Ese viaje que planeé alguna vez, con su hálito de calma frente al
río, con la ventana al jardín desde el hotel, y yo desnuda, con el
amor asomado en la espalda.

Digo que tanto allanamiento de agua trae aquí resignaciones, que se ha inundado el sótano y las paredes, que el reflejo se ha perdido en los muros, digo, despacio, frente al espejo naufragado, que se encharcó el dolor en los callejones, que el lodo nos cubre los ojos y lloramos, que lloramos, digo, y el cuerpo es ahora un despeñadero.

Ya se han perdido el cerco y los volcanes, ya los animales salvajes van ahogados, digo, que ya no sé adónde ha quedado la tierra, sin un afuera y un adentro, fango, agua, y los pulmones rugosos por tanto dormir el sueño del ahogado.

Esta tormenta que se llevó los muebles y las macetas. Esta lluvia asesina tiene las manos de mi madre, tiene sus dedos como agujas que saben señalarme, y me señalan así: mujer que trajo el ahogo. Pero he traído el ahogo y he traído a la madre. La madre que sabe peñar hogueras y esperar al incendio, aunque terquee el torrente como epiléptico, aunque la boca se nos llene de algas y no llegue nunca el fuego.

Sé que por mí, porque dejé mi rastro, sé que tras de mí, ha llegado la inundación a estos valles, digo incluso que vi mi cuerpo tirado sobre la acera, agonizando de agua, que allí soñaba un caballo y una flama, con tantas ganas de incendiarme pero llorando, estaba llorando y a veces sacaba unas palabras desde la lengua, también mojadas, y me escuché decir: la balsa, el escondite, el equipaje tomado por las gotas y una ventana donde se veía venir la marea y la marea entraba y entraban sus calambres y su furia, su voz de enredadera y con cenizas, y digo que escuché decirte que vinieras de nuevo a visitarme las piernas, porque los dientes se me han ido pudriendo uno a uno, y el ahogo me ha dejado la mirada

transparente, las uñas carcomidas, el deseo de bruceos sobre la inundación, ese deseo de cortarme la calma para no resignarme, para no ser así, yo, ahora, mujer de brazos cruzados, volviéndome mi madre, inventando siempre un rescate, salvándome de algo que no sé.

Este silencio se abre con el gesto asesino de la navaja. Este silencio fecunda y aborta cada asomo de palabra.

He visto tus manos por las noches, veladas por la niebla del sueño. Tus manos visitan mi cuello y lo consumen. Yo espero por las caricias como leproso atormentado. Pero también sé. Tus manos sólo hablan del abandono y de la muerte, de lo que apenas empezaba y luego quiere morirse, como el canto primero de la cigarra, la primera voz de vida, el canto, y luego su escape azaroso, el último canto; manos espantadas por el agua y el naufragio.

Soy tan culpable de esta inundación y huyo, como una rata acusada de la peste, señalada por la peste.

Endurecer las heridas, eso sé alumbrar con estos ojos de miedo.

He visto tus manos carcomidas y tu boca cerrada, lejana al aliento del amante. Todo ha sido dismantelado en este silencio. Esta quietud que se impone entre tus manos y nuestras piedras. Esta mudez de ríos y de arena. Toda esta agua cayendo entre mis besos y tu muro.

Ahora llevamos la cabeza ancha por tanto eco aprisionado. Nada por hacer. ¿Qué queremos decir que solamente lloramos? Tal vez sólo seguir algún camino, porque aquí estamos la culpa y mis palabras. Relegados al canto de los monstruos silenciosos. La sangre se nos va escurriendo en la mirada, las voces han escapado tras tus manos. El dolor es la única roca. No sabemos construir nada con ella, no podemos siquiera cargarla.

Sabemos; tus manos nunca han sido piadosas. Pero si fueras el Dios de estas tierras, sé que dejarías brotar poco a poco algún incendio; pero aquí es nuestro destierro. Todos los exilios nos pertenecen, tampoco hay fuego que arda en tus manos; nada por hacer.

Tú también eres el sacrificado, el silencio es también tu verdugo y no te queda sino huir; y corres, corres ahogado hacia los desfiladeros, hacia el sino de los hombres que perdieron las palabras. Yo huyo también, abreviada, sigo el destino designado por tus manos y el silencio; y voy entonces hacia un patíbulo distinto donde mi lengua será cercenada cuando se cierren las navajas y mi boca será la boca del desierto.

Pero al menos llevo la espera del condenado.
Pero no las palabras que consuelan.

Pero llevo una casa en la mirada. Con su umbral de culpa en cada puerta, con un olor de abrazos en las ventanas.

Una cosa sé: no hay que tenerle miedo al frío. C. Lacaud.

Una delgada lluvia flotando sobre la cabeza de la mujer. Apenas unos pedazos de gotas cayendo como susurros en sus mejillas. Ella, postrada bajo el farol del parque; arriba: una luz tenue, a punto ya del decaimiento hacia lo oscuro. Lejana, yo. Casi debajo del escenario, detonada mi cabeza en vidrios gruesos, lejana... veo a esa mujer, y sé que ella nunca ha escapado de nada, que no le ha sido posible ensanchar sus manos y dejar caer los dedos como piedras. Su boca es su invierno, sus ojos, su invierno. Le veo las piernas extraviadas, con esa sensación espesa en los huesos que sólo reconocemos los excluidos. Allí no hay ningún camino.

Yo llevo en las manos un paraguas cerrado. Llevo un poema en el bolsillo. Unas ganas de correr en la mirada, y siempre una postergación en mi cuerpo, un: espera, espera... el gran deseo hacia el grito, querer decirle: tú, mujer, tú eres esa mujer. Tú, mujer, tú eres esa sombra. ¿Por qué no te mueves, mujer? ¿Por qué no me muevo?

Pero tampoco yo sé de los caminos. Qué podré saber yo de los caminos si mi cuerpo permanece irreparable tras cada una de estas lluvias. Eso quiero decirle. Mujer, escucha, de qué podemos escapar si llevamos las historias como peces navegándonos el cuerpo.

Esa imagen de mujer detenida bajo la luz mortecina. Con el resto de esa luz que ya no es de este mundo, luz de los pequeños residuos, luz de las migajas; esa escena de sus manos tensas, tomándolo todo de la brisa, su cuerpo certero, pegado a la lluvia, no liberado, poseído por la vida bajo el farol (y alrededor el parque lejos, todo

el parque lejos, todos los árboles; el poema de saber que somos siempre esa mujer demorada, porque, ¿ves?, el parque se mueve y se mueve la tierra y los mares); esa imagen de mujer detenida bajo la luz, todo esto ya lo he visto. Porque yo sé del frío que precipita la escritura. Sé del aliento dilatado, la humareda del miedo, sé de la mujer que es ella y es la madre. La madre que levanta las culpas tendida bajo el farol. La madre que sostiene mis manos mientras escapan de su vientre unas pocas palabras que hablan de mi cuerpo amaratado y hablan de los derrumbes; de cosernos las palabras con alambres para poder construir la morada. Sé de esa mujer que es todas las mujeres y todos los poemas condenados.

Cada mañana hago el viaje solitario de regreso, cada mañana, frente al espejo, descubro un rostro dislocado, de ojos abiertos, un sopor vencido en cada fosa nasal, un aviso de que pronto... puede ser, habrá un escape; un exilio hacia un farol distinto, otro frío... puede ser.

Ahora soy otra. Mujer un poco más feliz y distraídos los ojos por una nueva fe.

Aparezco frente al espejo con este cuerpo radiante, con gesto de mujer amada y una fiebre tibia en la garganta por decir del amor aquello que no me he dicho. Quiero decir: yo sé del amor algunos secretos, yo sé algo del amor que tal vez escribiré, tal vez.

Pero por ahora me guardo todo, las palabras, la llamarada que abre todas las puertas de mi cuerpo, me lo guardo todo porque espero, espero del hombre sus abrazos y su espalda, las piedras necesarias para levantar la casa, y esa lengua mojada trazando el cauce de los ríos en mi espalda.

Espero del hombre su viaje y su regreso, el camino que harán sus palabras, una carretera para nuestras manos, el aire distinto y la música que dice: sí es este el tiempo para dejar correr el agua, sí está el tiempo humedeciendo las paredes de esta casa, sí estamos, y aunque es posible la fuga, también es posible quedarse.

Espero del hombre que abandone un poco más aquello que lo ha abandonado, que lo perdido ya se pierda, que lo caído, caiga. Espero del hombre una nueva inundación y otros libros. Otro libro, al menos.

El temblor



Ahora han llegado las lluvias a estas tierras. Se divisan aves migratorias eligiendo un camino hacia el temblor. Se pueden ver nubes deformando sus vestidos. Astros que se agrandan en el duelo de ir perdiendo, cada vez más, sus lloviznas. El temblor remueve todo en estos suelos y su pánico visita las alturas como una polvareda estremeciéndose.

Se sabe que al elegir una estrella en la noche, en algunas noches claras, el temblor toca la puerta o la arremete, toma las escaleras hacia los sótanos y las lámparas abandonadas, y en la superficie (que puede ser madera o cerámica, o humedad atrincherada en lo sombrío de los adoquines) inicia el parpadeo de los astros. Se pueden ver constelaciones asomando sus luces desde el suelo. Las palabras brotan como semillas desde el piso y se cree que aquella conflagración es la provocadora de tormentas y temblores.

Qué decir de los cuerpos. Los cuerpos llevan consigo los temblores y las lluvias, y todas las palabras para construir el dique y las carreteras. También lo perdido, aquí, adquiere forma de nube y sobrevuela las ruinas que ha dejado el temblor, se posa sobre los lagos que deja la lluvia y levanta una morada en cada cuerpo.

Yo veo la mirada de esa gente cuya música se ha ido desmoronando. Miro la lluvia llegar de nuevo, y con el tedio de los asesinos, me rebasa el deseo otra vez, las ganas de robarme alguna estrella; que abunde el temblor en mis manos nuevamente, que se me quiebren las venas y la casa para poder señalar lo que ha caído, y empezar, una vez más, el canto entre la herrumbre.

INDICE

El libro del caos y la escritura	5
1	9
2	10
3	11
4	12
5	13
6	14
7	16
8	17
9	18
10	19
11	20
12	21
13	22
14	23
15	24
16	25
17	26
18	27
19	28
20	30
21	32
22	34
El temblor	35

Ariadna Vásquez (Santo Domingo, República Dominicana. 1977.) Ha publicado los poemarios *Una casa azul*, *La palabra sin habla*, *Cantos al hogar incendiado* y *El libro de las inundaciones*; la novela corta *Por el desnivel de la acera* y el relato “Vulnerable en voz alta” (Premio nacional de cuento joven de la Feria del Libro de Santo Domingo, 2010) dentro de la colección *Vulnerable en voz alta y otros cuentos*. Su obra ha sido publicada en diversas antologías, las últimas: “4M3R1C4: Novísima poesía latinoamericana”, “Presencias reales: poesía dominicana actual” y “El futuro no es nuestro: nueva narrativa latinoamericana”. Es columnista outsider en la revista U de República Dominicana (www.revistau.com).

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncopes*.
Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ningún lugar*.
Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
Luis Téllez-Tejeda (Naulcalpan, 1983), *Media tarde*.
Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
Gema Santamaría (Managua, 1979), *Transversa*.
Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
Balam Rodrigo (Villa de Comatitlán, 1974), *Icarías*.
Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.

*Todas las tempestades y los vientos se desencadenaron;
(en un mismo instante) el diluvio invadió los centros de culto.
Después que el diluvio hubo barrido la tierra durante siete días y siete noches,
y la enorme barca hubo sido bamboleada sobre las vastas aguas por las tempestades
Utu salió, iluminando el cielo y la tierra.*

Mito Sumerio del Diluvio

Este libro se imprimió en Alfa impresión digital, Diagonal de San Antonio #1931
col. Narvarte, México D. F., impresor Arnoldo Pineda.